

MISIONES CATOLICAS HUNAN I.-CARACTERISTICAS NATURALES



Una china haciendo su labor.

La obra de las misiones es empresa de todos los siglos y de todas las edades. Desde que Cristo dió aquel precepto a sus apóstoles: *Id y enseñad a las generaciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo* (Mat., XXVIII, 19), desde entonces la Iglesia Católica, depositaria de la doctrina del Crucificado y cooperadora a la empresa del Divino Maestro, ha impulsado y urgido constantemente, por medio de su Vicariato, el cumplimiento de aquel precepto; y lo ha llevado a cabo con gran esplendor y fidelidad, valiéndose de ciertos Organismos u Ordenes Religiosas, que, nacidas en el seno de la misma, gastan, en el vasto campo de las Misiones, sus mejores energías y sus más solícitos cuidados, y trabajan, a cuesta de sacrificios y abnegaciones, a favor de aquellos infieles que desconocen al Dios Verdadero, y que, por consiguiente, no aman al Dios desconocido.

Por eso el tema misional no pierde nunca actualidad en una Revista católica, y su asunto no ha de ser mirado con indiferencia y poco interés por el que, alitado a las filas del Catolicismo, debe atender a los incesantes requerimientos del Vicario de Cristo.

Movidos, pues, por estas consideraciones, nos hemos decidido a escribir estas cuartillas para LA HORMIGA DE ORO, dando a conocer a nuestros lectores algunas noticias que nos envía un benemérito misionero, amigo nuestro, referentes a las costumbres de los indígenas, a la labor que realizan y a las vicisitudes que sufren los Padres Agustinos españoles por tierras de China. Así depositaremos nuestro insignificante granito de arena en la inmensa obra de la evangelización de los pueblos.

Mas para dar una mejor idea del lugar que describimos y de la Orden Misionera a que nos referimos, principiaremos con alguna nota histórica y geográfica de esa Misión encomendada a los hijos del Doctor San Agustín.

En dos épocas separadas misionaron los Agustinos de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús, de Filipinas, en tierras de China; de las cuales, la primera empezó en el año 1575, y su labor constituyó una página gloriosa en la Historia de las Misiones españolas y un rico florón para la ínclita Orden fundada por el Doctor de la Gracia.

Pasados algunos años, en 1818, viéronse obligados

los Padres Agustinos, por ciertos trastornos políticos y por la escasez de misioneros, a abandonar aquellas regiones, donde habían trabajado por espacio de dos siglos y medio. Obra divina era; y como a tal, no debían faltarle sus dificultades y vicisitudes por parte de los hombres.

Mas Dios, cuyo dominio es soberano y cuya voluntad es omnipotente, y Quien dispone todas las cosas suavemente (Sap., VIII, 1), dispuso, en sus eternos designios, que aquellas circunstancias, antaño adversas a la empresa misional, se convirtieran en prósperas y favorables para realizar los Hijos de Agustín lo que en sus venas bullía como un ideal supremo; y he aquí que, providencialmente, en el año 1874, la Sagrada Congregación de Propaganda Fide ofrecía a los Agustinos Españoles un vasto campo, en el mismo corazón de China, donde desplegar sus mejores energías y donde realizar sus más bellos ideales. Aceptado el ofrecimiento, vencidas algunas dificultades e informada la Sagrada Congregación de lo convenido entre el Vicario Apostólico de Hunán y los Padres, que en 1877

habían salido hacia aquellas tierras, y aprobando todo lo acordado por ambas partes, en 1879 Su Santidad León XIII firmó el decreto de erección canónica del Vicariato de Hunán Septentrional a favor de los Padres Agustinos de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús, de Filipinas.

Hunán, cuyo significado chino es *al Sur del lago*, por estar situada al Sur del Lago Tungting, es una provincia de la China Central, cuyos límites son: por el N. la provincia de Hupeh, al E. la de Chiangsi y parte de la anterior, al S. la de Kuangsi y Kuangtung, y al O. los territorios de Sechuan y Kueichow.



Joven china con la indumentaria de boda.

Como habrá advertido el lector, el territorio encomendado a los Padres Agustinos no es toda la provincia de Hunán, cuya extensión es de 205.400 kilómetros cuadrados, sino parte de la misma, o sea el Hunán Septentrional, según hemos indicado. La extensión de esta parte es de 81.080 kilómetros cuadrados y se calcula en más de nueve millones el número de habitantes que viven en su propia casa, y en cerca de dos millones el de los que tienen por habitación ordinaria unos tablones de un barco prolongado de comercio o de una lancha pescadora.

Hunán se considera como el granero de China por su fertilidad. Su capital es Changsha, y tiene además algunos lugares de bastante población, generalmente a orillas de los caudalosos ríos navegables que cruzan la región.

Chanteh y Chingchow, a orillas del río Vuenkiang; Pao-king, a las del Lokiang; Suangtan, Hengchow y Yung-chow, a las del Siang-Kiang, y Yochow, desde 1898 puerto libre.

Dentro la provincia de Hunán hay algunos Vicariatos y Prefecturas Apostólicas; de ellos están confiados, como veremos más adelante, a los PP. Agustinos, Changteh, que es Vicariato Apostólico, Lichow y Yochow, que son Prefecturas.

El chino es muy astuto. Llorra delante de uno, jamás habla mal del ausente, pero en llegando la ocasión, y siempre en su interior, sigue siendo tan chino como era.

Los que son cristianos ya son de diferente manera. Por lo mismo que les ha costado mucho convertirse, por tener que luchar algunos con la familia o con las antiguas costumbres y contra el parecer de sus paisanos, por esto son distintos de los demás.

Los chinos cristianos de las regiones centrales son la gente más sencilla. A veces preguntan al misionero dónde está el reino en donde los hombres no tienen más que un ojo en medio de la frente.

Para terminar este primer artículo, vamos a copiar textualmente un caso que nos escribe el Padre misionero, que acaeció no ha mucho.

«Un hombre, desesperado ya por no tener nada que llevar a la boca, tuvo la feliz (?) idea de ti-



Chino moliendo.

rarse de cabeza a una profunda laguna, y como no sabía nadar, no hay que decir que mal lo pasara si, en esto, un transeunte cristiano que le vió no se hubiese decidido a salvarle. Tras dura faena le sacó y, después de recobrar algo el conocimiento, que ya casi lo había perdido, se encará nuestro medio-ahogado con su salvador y le dijo muy mohino: «¿Quién te mandó a ti sacarme de esta laguna? ¿Acaso me quieres dar tú de comer? Si no, ¿quién te mandó salvarme contra mi voluntad? Toma, para que no te metas donde nadie te llama», y le dió dos tremendas bofetadas y se volvió a tirar al agua con intención decidida de ahogarse, y el salvador espontáneo quedó como quien tiene visiones.

Sin duda este relato cause risa y haga gracia a nuestros lectores, pero dice el Misionero que quien lo vió... tal vez llorara.

CASIMIRO FEBRER TRAVERIA,
Capellán Militar.



TUCSON (ARIZONA, U. S. A.): BODAS DE PLATA DE LA PROFESION DE LA REVERENDA MADRE MARIA DEL PILAR TUNI BORDALBA (x) EN LAS RELIGIOSAS HIJAS DEL INMACULADO CORAZON DE MARIA, CELEBRADAS EL DIA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN EN LA «HOLY CROSS SCHOOL».

La empresa que lleva a cabo el misionero por tierras de infieles es obra que traspasa los límites de la naturaleza y penetra en los umbrales de lo divino; es empresa sobrenatural por la virtud que lo informa, y obra divina por el fin que persigue.

Abrásado el misionero de amor a Dios y a las almas, inflamado su corazón por el sacro fuego de la caridad, dirige una mirada a las regiones dolientes de la humanidad paganzada e infiel, y espoleado por el aguijón del ideal misionero descubre en su pecho el secreto de sus ansias, cual es la gloria de Dios y la salvación de sus hermanos, y vislumbra allende los mares el extenso campo donde desarrollar con entusiasmo, sin reservas ni condiciones, sus energías y desvelos. Sentimientos engendrados no

en los secretos de la naturaleza, sino en los de la gracia y de la virtud santa de la caridad. He aquí el porqué la obra del misionero es sobrenatural; pero además es divina. *Divina*, no sólo en su origen, cuyo primer precepto brotó de los labios del Divino Misionero cuando dió a sus Apóstoles y sucesores el encargo de evangelizar a todas las generaciones; *divina* no sólo en sí misma, por estar santificada con la práctica y el ejemplo del Divino Redentor, sino *divina* por excelencia porque sólo busca la consecución del Reino de Dios para aquellas almas que mediante la gracia divina son rescatadas del imperio de

Satanás. Fin el más sublime que concebirse cabe, ideal el más divino que realizarse puede, cual es cooperar a la obra de la Redención llevada a cabo y completada con éxeres por Cristo hasta derramar la última gota de su Sangre divina.

Por eso no debe extrañarse el lector cuando, al contemplar al misionero en su empresa apostólica, le vea trabajando y sufriendo hasta allá donde la caridad se extiende y hasta donde la salvación de un alma se lo exija.

Y si sufre y trabaja, Dios le consuela y ayuda; sus penas se convierten en néctar dulcísimo de bendiciones divinas para sus empresas, y sus trabajos truécanse en corona de perlas preciosas que Dios le reserva para el Cielo.

Confirmación de ello es la Misión de Hunán, que venimos describiendo en estos artículos, confiada, como escribimos, a los Padres Agustinos de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús, de Filipinas. Después de los trabajos y sufrimientos que costó esta Misión a los Misioneros, hasta tal punto que llegó a pensarse en abandonarlo todo, pudo escribir de ella el P. Bernardo Martínez, en 1916, más tarde Obispo de Almería, las siguientes palabras: «*Repetidísimas veces hemos dicho que el Vicariato Apos-*

tólico de Hunán constituye, hoy por hoy, una de las principales glorias de la Orden Agustiniána. Su conservación y florecimiento deberán ser algo como el ideal de los que dirigen nuestros destinos.»

Para poder ponderar las palabras de tan autorizado Padre, prosigamos nuestra labor, estudiando los trabajos apostólicos llevados a cabo en este Vicariato de Hunán.

Obtenido en 1879 el decreto de erección canónica del mismo, se cedió a los primeros Padres Misioneros una pobre casucha con un terreno de escasa utilidad en el pueblito de Lomatchong, no muy distante de la ciudad de Yuenkiang; sirviendo todo ello de pedestal para edificar el alcázar de la labor misional del Vicariato de Hunán Septentrional. El

número de cristianos ascendía al pequeño de *cuarenta y cinco*.

Los dos primeros Padres que lograron entrar en Hunán sufrieron hasta persecuciones sangrientas; pues, obligados a una vida errante, a poco de haber llegado a un punto determinado, tenían que abandonarlo por el odio de aquellos idólatras y por la malevolencia de sus mandarines.

Poco más tarde fueron enviados otros misioneros a aquellas tierras, y si bien sirvió ello de alivio a los que ya estaban, no les privó, no obstante, de apurar todos hasta las heces el cáliz de amargura y de derramar lágrimas de sangre, vertidas en horas de dolor y de persecución.

Quince años así transcurrieron (1879 a 1894) hasta que Dios quiso que aquella sangre fructificara en aquella región infiel y volviera la tierra fértil. Cuando Francia quiso ejercer prácticamente el protectorado, hasta entonces ilusorio, sobre los misioneros españoles, y su protección fué una realidad, cesaron las persecuciones por parte de aquellos indígenas; y los misioneros vislumbraron, allá en el horizonte de su vida apostólica, días de gloria y de esplendor.

En 1895 la vida de las Misiones Agustiniánas en China entraba de lleno en una senda de risueño porvenir. Mandáronse más operarios-misioneros, que ayudaran y consolidasen la labor de sus Hermanos en Religión; edificáronse iglesias y residencias; extendióse por las pequeñas aldeas y en el campo la labor del misionero y no tardaron en florecer nuevas y numerosas cristiandades, adjudicándose a cada misionero una extensión tan grande como una provincia de España.

Desde entonces, los Padres Agustinos que están misionando en aquellas tierras vense obligados a visitar a sus feligreses, recorriendo a pie o a caballo su propio territorio. No disponen de otros medios para la empresa misional. Nuestro amigo, el Reverendo P. Jesús Vieites, escribe en una de sus car-



El Misionero dando lecciones de música.



Una china limpiando la cabeza de su hijo.

tas que en los tres años que lleva en China ha andado cerca de *dos mil kilómetros* sin usar más máquina que la que buenamente le ha proporcionado el zapatero».

Mas, en medio de sus correrías apostólicas, a veces los misioneros no tienen de qué comer; y si co-

men, su caridad les obliga a repartirse la comida con sus hijos que están en la miseria, los indígenas.

A este propósito vamos a copiar lo que nos cuenta el citado Padre Agustino en sus escritos:

«El otro día, en una excursión que hice a casa de un cristiano para administrar a una pobre que moría de miseria, llegada la hora de la comida (para el misionero, pues ellos no tienen hora, por no tener casi qué comer) me prepararon dos tazas de morisqueta y otra de verduras. Me disponía a comer—escribe el P. Vieites—y hasta con ganas, después de haberme andado a pie *veintitrés kilómetros*, cuando reparé en que aquellos pobrecillos cristianos se habían privado del arroz comprado aquel día para ellos y me lo habían dado a mí. Entonces les di—continúa el Misionero—una taza y me comí la otra; repartí con ellos la mitad de la otra taza de verduras... y les di dos pesos que llevaba...»

¡Así es la caridad del héroe misionero!

Mas su labor no termina aquí. La caridad del misionero no le permite detenerse en la parte espiritual exclusivamente, sino que cuida solícitamente de las necesidades corporales de sus hijos, los chinijos. Por eso, provisto de un botiquín, se dedica «a curar úlceras y podredumbres, a poner vendajes y a curar enfermedades».

Así siembra el misionero, para que Dios recoja el fruto. Así sufre, así trabaja y así goza... ¡Paradojas y misterios de la gracia!

Hoy la misión de Hunán Septentrional cuenta ya con el Vicariato Apostólico de Chanteh, erigido en 1879 del Vicariato Apostólico de Hunán, y con dos Prefecturas Apostólicas, erigidas del Vicariato Apostólico de Changteh en el año 1931.

Bien pudo escribir el P. Bernardo Martínez que la Misión de Hunán era una gloria para la Orden Agustiniiana.

CASIMIRO FEBRER TRAVERÍA.
Capellán Militar.

San Sebastián: Bodas de plata del Asilo Zorroaga



GRUPO DE RELIGIOSAS QUE LLEVAN MAS DE VEINTICINCO AÑOS EN LA CASA DE LA MISERICORDIA (ASILO) DE ZORROAGA, BODEGAS DE LOS ASILADOS Y ASILADAS MAS ANTIGUOS. (Fot. Martín).

Empresa que no lleve aparejados sacrificios y abnegaciones no puede considerarse meritoria, ni calificarse heroica, digna de grabarse en los anales de

lómetros por entre selvas y planicies, sufriendo cansancios y fatigas, evangelizando regiones de China y prodigando el bien entre aquellos indígenas, y su figura aparecía resplandeciente y bella, radiando rayos de luz y de amor; hoy, ante la descripción del Misionero perseguido, le veremos convertido en mártir de Cristo.



Los Misioneros Agustinos escondiendo algunos objetos de iglesia y de uso particular, ante la invasión comunista.

la humanidad. Sólo la heroicidad de una obra reviste caracteres indelebles y la figura del héroe se destaca a maravilla cuando a la par que su voluntad se siente aguijoneada por un ideal sublime, su espíritu se templea en la prueba y en la lucha, y su corazón se fortifica en la contrariedad y persecución. Por eso el misionero que, llevado de un ideal sublime, marcha de su patria en busca de una empresa llena de abnegaciones y abundante en sacrificios, y se encuentra ante la adversidad que le priva de hallar un lenitivo a esas pruebas, cual sería la contemplación de su obra; la fidelidad y constancia de sus hijos recién convertidos y la estabilidad y firmeza del baluarte de la fe instalado por él en tierras de infieles, y ve a su alrededor levantarse odios y persecuciones, y contempla, con sangre vertida del alma y convertida en lágrimas, los destrozos del enemigo que sin piedad destruye su obra apostólica y arrasa creencias y sentimientos, hogares y familias, pueblos y residencias; entonces el misionero, que si esperaba sacrificios y abnegaciones sin número, no preveía lo que los hombres llamarían fracaso, se desprende de tal manera de sí mismo que, fijos sus ojos en Dios, arranca de su pecho un suspiro y con él el deseo firme y generoso de trabajar y sufrir sólo por Dios. Y así trabajando y sufriendo su persona se convierte en coloso gigante de recia musculatura espiritual; su obra, en empresa-cumbre, hija de un héroe que, despojado de todo lo humano, se siente andiosado a lo divino, y aquel fracaso... en epopeya sublime que Dios bendice y corona.

De ahí que si ayer, en el artículo anterior, contemplábamos al Misionero Agustino recorriendo ki-

Hoy China es uno de tantos teatros del mundo donde se representa con vivo colorido, y donde se vive la tragedia de la humanidad, de esa humanidad que gime oprimida y avasallada por el furor comunista. «Y aunque el Gobierno persigue a muerte a los comunistas y no se anda con ellos con contemplaciones, sin embargo, han invadido esta provincia de Hunán—escribe el Misionero—y amenazan con privarnos de la paz y tranquilidad para no sé cuánto tiempo». En dondequiera que entran, nos escribe en otra de sus cartas, entra Lucifer con todas sus legiones: robos, asesinatos, incendios y todo lo peor.

Y el Misionero Agustino que evangeliza esa región y cuyo ideal no es otro que salvar almas, se encuentra en la necesidad de defender su vida de los comunistas que amenazan constante y ferozmente a los enviados de Cristo. Varias veces se han visto obligados los

Padres Agustinos a huir a la desbandada y tener que reunirse todos en la capital de su Prefectura o Vicariato; y hasta han tenido preparado un barco de guerra americano anclado en el río, para que, si la cosa se ponía peor, los misioneros pudieran trasladarse de Yochow, donde se habían refugiado, a otra capital llamada Hankow.

Prueba de cuanto escribimos son las fotografías que acompañamos. En la primera de ellas aparecen dos Padres Agustinos escondiendo las cosas más importantes de iglesia y demás objetos de uso particular, bajo el entarimado de la residencia. «En este mismo momento—dice el Misionero—silbaban las ba-



Examinando sobre el mapa el movimiento de los comunistas.

las comunistas por delante de nuestra Misión, y nosotros ya sabemos qué quieren decir esos silbidos: robo, rapiña, saqueo, y ¡ay! del que caiga en sus manos».

En la segunda fotografía—según explicación que de la misma nos hace nuestro amigo el P. Vieites—, aparecen los mismos Padres Agustinos acompañados de un joven oficial. «Después de la operación anterior (véase fotografía núm. 1) nos dirigimos al cuartel para poder escapar con los soldados, dado caso de peligro, y ahí estamos examinando sobre el mapa el movimiento de los comunistas, ayudados por el joven oficial». Son palabras del citado Padre.

¡Qué amargura no experimentará el apóstol ce-

loso y el misionero abnegado al ver frustradas sus esperanzas misionales!

Pero, en medio de la persecución y martirio, le dulcificará el dolor la certeza de que Dios bendice su sufrimiento; y de que su obra, lejos de fracasar, fructificará en abundancia sobre aquellas almas evangelizadas por los Agustinos de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús, de Filipinas.

Que Dios proteja y bendiga a esos héroes, hijos del Doctor de la Gracia, San Agustín, y les corone de gloria en premio de sus trabajos y sufrimientos en tierras de misiones.

CASIMIRO FEBRER TRAVERÍA.
Capellán Militar.



BANQUETE DE HOMENAJE A LA SRA. DOÑA CECILIA SOBREPORA DE ARTES, POR EL ÉXITO OBTENIDO POR SUS CREACIONES DE LA MODA EN EL ÚLTIMO SALÓN DE MONTJUICH. (Fot. Badosa).

(Viene de la página 895).

necesarios a fin de proteger, por lo menos, las 85.000 millas nativas o 137.000 kilómetros de comunicaciones marítimas (contando tan sólo las derrotas oceánicas principales) (1) que ligaban a la Gran Bretaña con sus posesiones lejanas y con los principales centros marítimos del Mundo. Por esto también sostuvo en todo el decurso de su larga vida, que al pueblo inglés no debían jamás parecerle excesivos los sacrificios que en pro de la Marina se impusiese; idea que a mediados de 1917 y en el Parlamento británico condensó en un sencillo cálculo Sir Bolton Eyres-Monsell, Primer Lord del Almirantazgo, cuando dijo que el comercio de la Gran Bretaña con Ultramar podía estimarse en 2.000.000.000 de libras esterlinas, y comoquiera que el presupuesto o coste de la Armada inglesa era de 50.000.000 de libras (aproximadamente), bien podía estimarse este último como el pago de un seguro a razón de dos y medio por ciento del valor de su comercio exterior. Cuestión de vida o muerte para el pueblo británico es la de las rutas comerciales a través del mar; pues ellas son como las venas y las arterias por donde circula la sangre de su existencia nacional, como escribió, en los días críticos de Pashoda,

el teniente de navío francés Emilio Duboe en su vibrante folleto *Le point faible de l'Angleterre*.

Al concurrir el gran almirante Jellicoe, el día 11 de noviembre, al acto patriótico y de oración y honor para los muertos de la *Gran Guerra* ante el Cenotafio, contrajo la rápida enfermedad que le ha llevado al sepulcro. Hombre disciplinado y obediente, y esclavo voluntario del deber, no quiso excusar su presencia allí. Con su muerte ha perdido la Gran Bretaña a un hijo muy ilustre y a un fidelísimo y prudente servidor. Fué él quien debió conducir a través del mar los más poderosos elementos bélicos que han conocido los siglos, para con ellos proteger a la formidable máquina guerrera que operaba en el Continente y defender, a la vez, la existencia misma de su Patria y de los muchos pueblos coaligados con ella; pero, a pesar de esto, estamos convencidos de que Sir John R. Jellicoe jamás amó el espíritu que provoca y conduce a la guerra; que se afanó para no multiplicar inútilmente los desastres que aquella horrible conflagración mundial acarreó, y que, desde luego, una vez pasado el huracán bélico, procuró por todos los medios a su alcance limar asperezas y acercar y hermanar a los pueblos que con tanta saña habíanse combatido. Que Dios misericordioso se digne recompensar una vida de tanta responsabilidad y de tanto trabajo, soportados con lealtad ejemplar.

JOSE MARIA DE GAVALDA.

(1) Cifra señalada por lord Hailsham y aceptada, como mínima, por el almirante Sir Reginaldo Custance y por Sir Herbert Russell.